



Caballo ejecutado en madera por el Sr. D. José Siro Perez para la figura de Carlos V colocada en la Armería Real (1).

SAW ISIDORO DEL CAMPO.

Las ruinas de Itálica.

(Conclusion.)

Al pié de la citada inscripcion se encuentran estos versos:

«¡Oh inclita Roma, si de esta supieras
Cuando mandabas el gran universo,
Qué gloria, qué fama, qué prosa, que verso,
Qué templo vestal á la tal hicieras!!.

H. S. E. 19 SEPTEMBRIS ANNO DOMINI. 1609 283 Á DIE OBITUS.

Omitimos hacer aquí algunas reflexiones sobre los citados versos, porque suponemos que nuestros lectores no ignoran el hecho á que aluden, hecho que coloca á doña María Coronel al lado de las Aspacias y Lucrecias, tan celebradas en la historia. — Hay en la segunda bóveda, que comunica con la nave posteriormente construida, un retablo de gusto churrigueresco, en donde se encuentra un niño Dios de excelente escultura, debido tambien á Montañés, así como las dos estatuas de los sepulcros, que dejamos descritos. Las dos bóvedas restantes contienen el coro que es bastante espacioso, y está decorado de una sillería de buen gusto, la cual se halla enriquecida por un cuerpo de arquitectura de orden dórico, que se levanta

(1) El artículo correspondiente á esta lámina irá en otro número.

sobre los brazos de la segunda hilera de asientos. El fascistol que se apoya sobre cuatro mal trazados leones, aunque pobre en estremo, no es de todo punto despreciable.

No encierra la segunda nave tantos objetos interesantes para las artes y la historia. La primera bóveda es sin embargo, depositaria de tres enterramientos que merecen examinarse. Contiene el del lado del Evangelio los restos de Excmo. Sr. don Bernardino de Zúñiga y Guzman, fundador de esta parte del edificio, y los de la epístola los de doña Urraca Osorio y don Juan Alonso Perez de Guzman. — En el primer sepulcro se vé un bulto ó estatua mortuoria, cubierta de todas armas, aunque sin inscripcion alguna grabada en la lápida de la urna: el segundo aparece exornado tambien con una estatua de piedra tendida sobre la losa, que lo cubre, notándose á sus pies un pequeño busto de mujer, que parece representar á Leonor Dávalos, su criada, la cual fué víctima de su lealtad acrisolada. El epitafio dice así:

AQUI REPOSAN LAS CENIZAS DE DOÑA URRACA OSORIO DE LARA, MUJER DE DON JUAN ALONSO PEREZ DE GUZMAN, ILUSTRÍSIMO SEÑOR DE SAN LUCAR, MURIÓ QUEMADA EN LA ALAMEDA DE SEVILLA POR ÓRDEN DEL REY DON PEDRO, EL CRUEL, POR LE QUITAR LOS TESOROS É RIQUEZAS. TAMBIEN SE QUEMÓ CON ELLA PORQUE NO PELIGRASE SU HONESTIDAD LEONOR DAVALOS LEAL CRIADA SUYA. AÑO 1367.

Sobre la losa del sepulcro de Don Juan Alonso hay tambien una estatua de piedra de mediana escultura, la
29 DE JULIO DE 1849.

cial ostenta bajo una túnica corta ó dalmática su armadura, viéndose entre sus manos un montante, cuya arma parece haber usado durante su vida con más frecuencia que las dentas. La inscripción de su sepulcro está concebida en estos términos:

AQUI YACE DON JUAN ALONSO DE GUZMÁN, HIJO DEL GRAN DON ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN Y DE DOÑA MARÍA ALFONSO COBOTES, ILLUSTRÍSIMO SEÑOR DE SAN LUCAR, MARIDO DE DOÑA URRACA OSORIO DE LARA, HIJA DEL CONDE DON ALVARO NUÑEZ DE OSORIO, GRAN VALIJO DEL REY DON ALONSO ONCENO: HALLÓSE EN LA BATALLA DEL SALADO Y EN TODAS LAS BATALLAS DE SU TIEMPO, POR LO CUAL LE LLAMARON EL GRAN BATALLADOR. MURIÓ EN PAZ, ESTANDO EN JEREZ AÑO DE 1331.

Estas dos inscripciones han sido puestas con mucha posterioridad á la erección de los sepulcros, viéndose ya casi enteramente borradas por estar pintadas al temple en el muro de la iglesia, que sobre ser húmedo se desconcha fácilmente. En la parte inferior del arco que da comunicación á las dos naves, se encuentra un epitafio latino, concebido en esta forma:

Hic situs est Fœlix Guzmána stirpe Joannis
Spes, et amor fratris, magnánimique ducis.
Autè ortum patrì mercor, quia postuma proles,
Gaudia post matris deficiere fuit.
Heul! heul! sed rapitur tenera lanugine fato,
Cum vitæ imperet his duo lustra sue.
Nec dolens sœtius, nam quod vocabatur ut esset
Mors hunc à vivis abstulit ante diem.
Quaso, igitur, lector dicas pia verba sepulchro
Terraque felicitis contegat ossa levis.

Por la forma de los caracteres de este epitafio se viene en conocimiento de que debió escribirse á principios del siglo XVI ó fines del XV.—El señor don José Toro Palma, último abad de este monasterio y actual cura párroco de Santi-Ponce, modelo de virtud y de mansedumbre, sacerdote instruido y respetable, cuyas mudas y severas costumbres le han atraído la veneración de sus feligreses y son el encanto de cuantos llegan á san Isidoro, ha traducido cuidadosamente estos versos latinos, que con la amabilidad que le es propia lee y recita á los viajeros, á quienes instruye menudamente en los recuerdos de que es este monasterio depositario. El temor de traspasar los límites que hemos fijado, al trazar este artículo, nos priva del gusto de trasladar aquí la traducción indicada.

Tal es la descripción de la iglesia de San Isidoro del Campo: el monasterio ha sufrido tambien variaciones importantes, que han contribuido á desfigurarlo hasta el punto de no quedar ya casi vestigios de su primitiva fábrica. Existen sin embargo dos patios de bastante antigüedad, en uno de los cuales se conserva una estatua de San Gerónimo, que á juzgar por el estilo y las formas debe pertenecer á los tiempos de la fundación, ó cuando menos á una época no muy distante de aquella. Es un monumento, que debe examinarse para apreciar los primeros pasos dados por la escuela para nosotros, pudiendo asegurarse por la rigidez y mala proporción de sus miembros que pertenece á la antigua escuela alemana, correspondiendo á los ensayos que hacían por aquel tiempo en la pintura Juan Sanchez de Castro y sus discípulos. Lástima es no obstante, que la mala intencón y la barbarie hayan puesto en ella sus manos, desfigurándole casi enteramente el semblante. Está el santo vestido de cogulla y hábito monacal, y á sus pies se encuentra un león, raro en extremo y de mezquinas proporciones.—En uno de los ángulos de la galería que rodea este patio por la parte de medio-día y occidente se contemplan algunos fragmentos de pinturas *al fresco*, debidos indudablemente al último tercio del siglo XV ó á principios del XVI. No parece sino que cuantos han pasado por aquel sitio han abrigado decididamente la idea de destruir estas pinturas, picándoles los rostros y las manos. Lo que en otros países sería objeto de veneración y de estudio, es entre nosotros presa de la estupidéz y de la barbarie mas vandálica. El carácter de estos *frescos* no es de todo punto desagradable; y por los trozos que se conservan todavía puede suponerse que son frutos de los primeros

tiempos de la escuela sevillana. Aun existe una figura entera que representa un monje vestido en son de guerra; cuya traja puede servir de modelo á los artistas y de curioso estudio á los literatos para conocer las costumbres de nuestros abuelos.

Examinado San Isidoro del Campo restábase hacerla con los ruinas de Itálica, en donde tantas horas de meditación habíamos pasado en medio de aquellas tristes soledades.—Quisimos ver (1) el magnífico mosaico, situado al oriente de la antigua ciudad de los mármoles, y dedicado á Julio por Ulno, según constaba de una inscripción encontrada por nosotros, cuando en meses anteriores dibujáramos aquel rico pavimento. Pero todo había desaparecido: algunas piezas de *thesalata* y de *pórfido egipcio*, sembradas en el suelo sin orden alguno, era cuanto había quedado de aquellos vistosos medallones, de aquellas caprichosas grecas, que con mil variantes encantaban la imaginación de los viajeros. Mentira parecía tanta barbarie, mentira que en el siglo XIX, en que tanto se preconiza el amor á las artes, en que parece haber despertado el gusto por las antigüedades, se hayan cometido tales desacatos á ciencia y paciencia de las autoridades, que debieran haber vigilado sobre este género de monumentos.—Mas teníamos aún que sufrir otros desengaños no menos crueles, los dos bellísimos mosaicos de las Musas, situados en el sitio llamado de las Eras, habían sido tambien destruidos inhumanamente así como otros varios que se veían en su alrededor, que si bien no eran de tanto mérito como aquellos, no por eso aparecían menos dignos de conservarse. Las columnas del edificio á que se había dado el nombre de *Foro de Trajano*, los muros del larario público y de las termas habían esperimentado igual suerte.

Cuando vimos destrozo semejante nos pareció que estábamos rodeados de una horda de salvajes del Canadá, mas feroces aun que los mismos septentrionales, que habían ejercitado su saña en la ciudad de los emperadores. Los mosaicos habían perecido á manos de los moradores de Santi-Ponce, que codiciosos de vender á los extranjeros las piedrecitas y pastas de que se componían, nada habían respetado en ellos: los muros del foro, del larario y de los baños públicos habían pasado á servir de materiales para los miserables cascos levantados nuevamente, así como en los mas antiguos se descubren donde quiera trozos de columnas respetables y de otros fragmentos, que manifiestan claramente que ha nacido Santi-Ponce de las ruinas de Itálica.—¿De qué habían servido, pues, las escavaciones tan recomendadas por el gobierno y elogiadas por la prensa?... No parece sino que la infortunada Itálica estaba destinada á lucir sus galas en el presente siglo, para que dierra este una prueba mas del vértigo que le agita, y fuesen que llorar sobre aquellas ruinas las generaciones venideras esta nueva pérdida!

En otros países hubieran sido los descubrimientos de Itálica un acontecimiento fecundo para las ciencias y las artes, las Academias, los sabios y los artistas hubieran corrido á beber la luz de la historia, las lecciones del tiempo en aquellos escombros, en donde la hazada descubría á cada paso un objeto digno de estudio. En España, si no ha pasado aquel hecho enteramente desapercibido, solo ha llamado la atención pública por breves instantes; y cuando algunas corporaciones ilustres han querido intervenir con sus conocimientos en aquellos trabajos, han visto surgir por todas partes los obstáculos, teniendo al cabo que abandonar su noble empresa. ¡Vergonzosa contradicción la que ofrecemos hoy al mundo civilizado! Jamás se ha hablado en España tanto de progreso, tomando esta palabra en la acepción filosófica, y jamás se ha retrocedido tanto al estado de barbarie, como en la presente época. Porque digásenos sino, ¿qué significa ese amor decidido por destruirlo todo y por borrar de una vez los recuerdos del pueblo español?... Menos vociferaban su amor á las artes nuestros abuelos y mas respeto tenían á los monumentos de la antigüedad, los cuales eran estudiados profunda y concienzudamente. Pues ¿qué?... ¿han adelantado por ventura tanto las artes que ya no hagan falta los antiguos modelos? ¿Hemos tocado ya el término de la perfección moral de la sociedad y del individuo para que no hayamos menester de las lecciones y los recuerdos de lo pasado? Nosotros con

(1) Esta última visita á Itálica la hizo el autor del presente artículo acompañado del apreciable actor D. Joaquín Arjona.

el corazón lleno de fé por nuestro porvenir, que es el porvenir de la humanidad entera, creemos que nos hallamos aun muy distantes de uno y otro caso; y por esta causa es para nosotros una pérdida grave, una pérdida que no puede repararse en modo alguno, la destrucción de cualquier monumento artístico, que ya por su mérito, ya por su antigüedad pueda servir de modelo ó de documento para conocer la marcha de las generaciones pasadas.

Estas reflexiones, que habian despertado en nosotros los mosaicos y los demas objetos destruidos, vinieron á ser mucho mas tristes á vista del anfiteatro, situado al occidente de la antigua ciudad, amenazado de una destrucción próxima. — Imposible nos parecia que hubiese españoles con tan poco amor patrio, con tan poca fé que se atrevieran á poner sus manos en aquel destrozado monumento, para pulverizar sus pesadas moles, respetadas purmas de veinte siglos! Pero era demasiado cierto: algunos arcos, formados por el desnivel de los murallones, otros que se habian conservado enhiestos, habian ya desaparecido, para servir de materiales á la inmediata carretera de Estremadura. — Aquel monumento histórico y geográfico, citado repetidas veces por la Academia de nobles artes de san Fernando, como modelo y tipo de la arquitectura romana, aquel monumento que ha sido el norte de la situación de Itálica, tampoco se habia salvado de la irrupción de nuestro vandalismo. Mientras habíamos estado examinando los demas objetos de las ruinas, habíamos recordado á cada paso la magnífica canción de Rioja: cuando llegamos al anfiteatro no pudimos menos de prorumpir con él en estos versos:

«Este despedazado anfiteatro,
 ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
 publica el amarillo jaramago,
 ya reducido á trágico teatro,
 ¡oh fábula del tiempo! representa
 cuánta fué su grandeza y es su estrago.
 ¿Cómo en el cerco vago
 de su desierta arena
 el gran pueblo no sueña?
 ¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
 luchador ¿dónde está el atleta fuerte?
 Todo desapareció, cambió la suerte
 voces alegres en silencio mudo:
 mas aun el tiempo dá en estos despojos
 espectáculos fieros á los ojos,
 y miran tan confuso lo presente
 que voces de dolor el alma siente.»

Si no se trata de poner enmienda de la destrucción comenzada, muy pronto dejará de dar el tiempo aquellos fieros espectáculos, que tanta melancolía derramaron sin embargo en el corazón de Rioja. Cuando volvimos á Sevilla, hicimos lo posible porque llegase este hecho á noticia de la autoridad á quien estaba confiada por las leyes la conservación de esta clase de monumentos, y tuvimos el consuelo de que se adoptaran algunas disposiciones para contener la ruina. — Pero ¿cuándo tendrán reparo los mosaicos, cuando los demas objetos, que habíamos visto con tanta complacencia y que eran la admiración de todos los viajeros que acuden á llorar sobre las ruinas de Itálica?

Al despedirnos de aquellos contornos llevábamos en el corazón muy tristes recuerdos, que solo podia mitigar la consideración de que en *san Isidoro del Campo* moraba un sacerdote tan digno y de tanto amor á su patria el cual vigilaba porque no cupiese igual suerte á la iglesia de aquel respetable monasterio. Este sacerdote se apartó de nosotros con las lágrimas en los ojos, y volvió á su retiro á entregarse al estudio, hasta que otros viajeros hubiesen menester de su ilustración para visitar á *san Isidoro del Campo* y las Ruinas.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

DESCUBRIMIENTO Y TRASLACIONES DE LOS CUERPOS DE LOS AMANTES DE TERUEL.

La historia de los Amantes de Teruel, es tan popular en España, como en Francia la de *Abelardo y Eloisa*; el sepulcro de

estos escita en aquel país el mas vivo interés; lo que vemos á decir en punto á los restos de los Amantes de Teruel, no puede ser indiferente á nuestros lectores.

En el año 1555 estando cavando en la parroquia de San Pedro, con el objeto de reedificar una antigua capilla, en donde segun la tradición de los turolenses, se habian enterrado los dos amantes, se hallaron dos cajones juntos, y dentro del uno apareció un pequeño pergamino, en el que pudo leerse: *este es Diego de Marcilla, que murió de enamorado*. Esta notable circunstancia, unida á la uniformidad de la tradición, no dejó lugar de dudar á la creencia de los turolenses de ser los verdaderos cuerpos de *Marcilla y Segura*. El estado irregular en que se hallaron despues de trescientos treinta y ocho años, dió nueva incremento á la celebridad del suceso, y se enterraron segunda vez en la capilla de los santos Cosme y Damian de la misma parroquia.

Habiendo aparecido en el año 1619 un manuscrito referente á la historia de los Amantes, se presentaron algunos racioneros de aquella iglesia, y que apoyados en la relacion de ancianos, testigos oculares del descubrimiento de los cuerpos de *Marcilla y Segura* á mitad del siglo XVI, pidieron permiso á la autoridad eclesiástica para exhumar dichos cuerpos.

Obtenida la licencia solicitada, mandaron cavar al pie del altar de los mencionados mártires, y en una concavidad sepulcral hallaron los dos cajones juntos, sin que apareciesen otros, ni fragmento alguno cadavérico en todo el distrito de la capilla. Estendióse una formal escritura de cuanto se practicó en el acto, en la cual se insertó la descripción del estado en que se hallaron, cuyo documento legalizado se depositó en el archivo de la parroquia.

En el año 1708 fueron trasladados los dos esqueletos de los amantes á un claustro contiguo á la iglesia, que servia de cementerio, en donde se hallan colocados en un arma-



rio ó panteon, digno de mayor suntuosidad, y en donde reciben diariamente las visitas de innumerables patriotas y extranjeros, que al paso por Teruel concurren á aquel sitio á satisfacer su curiosidad.

El esqueleto de *Marcilla*, colocado al lado izquierdo del de *Isabel*, es de ocho palmos de alto, y se conserva entero y trabazonado, de manera que usado de las tibias, se pue-

de levantar, quedando firme. Tiene la cabeza inclinada hácia Isabel; la cuenca derecha llena; la oreja izquierda formada y pegada; la nariz consumida; conserva todas las muelas del lado izquierdo y algunas del derecho; tiene los hombros, muslos y cías, rodillas y tobillos cubiertos de carne consumida y mófla, y en fin, se halla casi todo su continente cubierto de pellejo muy poco trepado, excepto por la espalda, que está mas corroído, efecto sin duda de la humedad del cajón.

El esqueleto de Segura está mas deteriorado, y en gran parte separado de su armazon, á resultas del poco cuidado que se tuvo al tiempo de su exhumacion. Tiene la cuenca izquierda llena; algunas uñas en pies y manos; el brazo izquierdo separado del cuerpo; la cintura desencuadrada: sin embargo, se conserva en el mismo estado natural que el de Marcilla, excepto en aquellos miembros en que padeció destrozo en ambas escavaciones.

Sobre el armario en que se hallan depositados se lee la siguiente inscripción:

AQUÍ YACEN LOS CELEBRADOS AMANTES DE TERUEL
DOS JUAN DIEGO MARTINEZ DE MARCILLA Y DOÑA ISABEL
DE SEGURA. MURIERON EN 1217,
Y EN EL DE 1708 SE TRASLADARON Á ESTE PANTEON.

UN ABAD COMO HUBO MUCHOS, Y UN COCINERO
COMO NO HAY NINGUNO (1).

Cuento.

En las estensas llanuras de Castilla la Vieja, elevaba sus miligranadas agujas góticas una nombrada y rica abadía, que á trueque de pingües heredades habia dispensado el honor de ser enterrados en su recinto á no pocos reyes y magnates. No hemos dejado piedra por mover para averiguar la fecha del suceso que vamos á referir, consultando el arte de verificarlas, registrando archivos y revatriendo tumbos y becerros; pero todo ha sido inútil. Al que con mejor fortuna lo lograra debe la Academia de la Historia abrirle desde luego sus puertas.

Reinaba en dicha abadía, que cetro mas que cayado, fué en un tiempo el báculo pastoral de los prelados, un ornado abad, gran dispensador de indulgencias, complaciente conmutador de cotos y penitencias en limosnas y donaciones á su abadía y asáz afectuoso con los gefes de los partidos de la corte, comparando á los caídos en el su grado de su morada, para que cuando subieran al poder pagaran este servicio aumentando los privilegios de la casa. Con esta mónica, viendo crecer cada dia sus rentas, se deslizaba tranquilamente su vida sibarítica sin que le turbara otra idea desagradable sino la de que tarde ó temprano habia de tener término, pensamiento que procuraba prontamente desechar en las dos únicas ocasiones que se le acordaba, que eran, en la muerte de algun compañero ó en alguna fuerte indigestion. Situados sus dominios á

(1) Esta conseja, de que apenas hay lengua en Europa en que no cuente una version, siendo imposible señalar á cuál de ellas pertenece la propiedad, la insertó Juan de Timoneda en su *Patrocinio*, obra publicada en 1576. En manos del rapsodista valenciano perdió este cuento el gracejo é interés que en otros idiomas, acomodándolo al carácter y costumbres de su nacion, le han prestado agudos y festivos escritores. Como muestra de la febril y descolorida version castellana pondremos aquí el epigrama y el comienzo de ella. Dice así:

«A un muy honrado abad,
Sin doblez, sábio, sincero,
Le sacó su cocinero
De una gran necesidad.

Queriendo el rey quitar el abadía á un muy honrado abad y darla á otro, por ciertos revoltadores, llamóle y dijo, etc. Tal vez confundría á Timoneda para no presentar al abad en escicatora la idea de desagradar al reyjal de la fe, que tres años antes de la publicacion de su libro habia alterado los tratados cuarto y quinto del *Lazarillo de Tormes*, en que se entregaban al ridículo algunos abusos del clero.

Esta advertencia tiene por objeto dar á conocer la historia de este conseja, y no deprimir la antigua version que tenemos de ella para hacer resaltar el poco ó ningún mérito de la que hoy ofrecemos engalanada con nuevos atavíos.

bastante distancia de la frontera, no le inquietaban los rumores de invasiones extranjeras, ni de trastornos interiores, confiado en que el olor de santidad que antiguamente esparcía su abadía no se habria evaporado y le serviría de *palladium*. Su erudicion gastronómica era portentosa, por lo cual sus toscas homilias iban siempre empedradas de comparaciones y metáforas culinarias. Sabia los terrenos que criaban mas sabrosos carneros, terneras mas suculentas, perdicés y capones mas delicados. Citaba por sus nombres los pueblos en que mejor adobaban los jamones y chorizos, y marcaba con inapelable fallo los rios, lagunas y costas en que se pescaban mejores anguilas, tenacas, besugós ó salmones. De licores no se habla, que ante su reconocida pericia hubiéransen confesado vencidos no solo los dos antepasados de que tanto se enorgullecía Sancho y que aclamada por los mas insignes mojonés que habia producido el suelo manchego, sino los mas célebres *wine tasters* del reino unido. En fin, absorvian de tal modo su atencion los placeres de la mesa, que discurrió dar el empleo de cocinero por oposicion entre todos los de la comarca. Pero vamos á la historia.

Cantaba un dia reposadamente sus vísperas la comunidad, cuando entró á turbar su pausado canto llano un donado que todo alborotado y jadeando decia que el rey con algunos caballeros se acercaba al monasterio. Tal nueva dejó inmóviles las manos del organista sobre las teclas de su gangoso instrumento y añadió la mitad del versículo en las gargantas de los que hacían el coro. Los dos frailes que se sentaban á los lados de la silla abacial sacudieron fuertemente á su reverendísimo padre, que sepultado en su acostumbrado sueño, hacía el bajo con sus acompañados ronquidos. Abrió los ojos sobresaltado figurándose que habria ocurrido alguna gran novedad cuando habian tenido la audacia de despertarle, é informado de la visita, manifestó con su agriado gesto no augurar muy bien de ella: lo cual advirtió el padre secretario y le dijo.—Tal vez querrá recibir vuestra bendicion antes de ir al encuentro del enemigo.

—O vendrá por el clavo de la herradura del caballo de Santiago, ó por la correa del acicate de San Jorge, que tan visiblemente han protegido en las batallas á casi todos los valientes caballeros que por devocion los han llevado sobre sí, añadió el padre Reliquiero (1) con cierta fruicion al nombrar aquellas dos alhajas que enriquecian el relicario de aquel monasterio con no poca envidia de los otros comarcanos.

Entre tanto los frailes aturdidos corrían de uno á otro lado, cuál á ponerse hábitos nuevos, cuál á alforbrar la escalera y claustros, cuál á echar á vuelo las campanas, cuál á preparar un ascético ambigü. El rey, que venia armado de punta en blanca, dejó el caballo á la puerta, y al entrar por el átrio de la iglesia topó á nuestro abad que con palio y entre dos billeras de cogullas, y precedido de una falange de pages, reyes de armas y demás funcionarios que componían la servidumbre místico-profana de un abad en la edad de oro de los abades, le salta al encuentro cantando la salmodia. Contestó el rey entre dientes y por monesílabos á los officiosos ofrecimientos y saludos del abad, y retirándose con él al fondo de una capilla inmediata le habló por espacio de algunos minutos. Volvió á salir al punto y desdeshando al paso las instancias de los Reverendos para que aceptase un refrigerio, montó á caballo y desapareció con los que le acompañaban.

Confusos quedaron los padres Secretario y Reliquiero al ver que el rey no se habla acordado de bendiciones ni de reliquias, y como ellos todos las menges procuraron descubrir en el semblante del abeso abad si habia de ser para la comunidad motivo de alegría ó de sentimiento aquella inesperada visita. Inclináronse á lo segundo viéndole caviloso, los ojos en tierra y fruncidos los labios dirigiéndose silencioso á su celda, y al observar la mudanza que hubo en él desde aquel momento. Hablaba poco y sólo para proponer cuestiones estrayagantes ó ridículas; gustaba estar solo, y se estraviaba dislruido y meditabundo por los bosques; ya no era necesario despertarle en su asiento cuando acababan las horas de coro, y aun reclinaba ciertos padrotes por lo bajo, reñiriéndose á conversaciones de los

(2) Llamaban en los conventos y monasterios padre reliquiero al fraile ó monje que cuidaba de las reliquias, y que las enseñaba á los curiosos ó devotos.

pages que le asistían, que pasaba las noches desvelado; pero lo que acabó de alarmar á todos fué el advertir como de su habitual glotonería habia pasado á tan parco que los platos que antes mejor saboreaba, ahora los levantaban de su mesa intactos. Ruidiéronse las mejillas, perdiendo estas y la punta de la nariz su vivísimo tinte de remolacha y denunciando los vergonzantes pómulos, de cuya existencia hubiera dudado antes cualquier anatómico. Los melones grises que amojonaban su redonda calva caían lícios y desordenados. Apagábanse sus chispeantes ojos, y aplanábase visiblemente su esférico vientre. En fin, á tal estado llegó en su desfallecimiento físico é intelectual, que los monges de campanillas dábanse prisa para ganar terreno para la elección que veían ya próxima. Confirmáronse todos en que el cerebro de su abad no estaba en caja cuando le vieron entrar en la biblioteca, estancia que jamás habia borrado con su presencia, y hojear infolios y detetar indios; éi, que solía decir que la sola vista de un libro le producía jaqueca.

Agotados por el cocinero todos los recursos de su arte para despertar el más inapetente estómago, presentóse al abad para hacerse presente, y á que le señalara un nuevo rumbo á su fecundísima inteligencia cocinal. Oyóle el abad su relación sin interrumpirle, y con sus apagados ojos le iba siguiendo el índice de la derecha cuando con él pasaba varias veces revista á los dedos de la izquierda para mostrarle el número de platos que antes eran sus favoritos, y ahora no los tocaba. — Amigo mío, contestóle el descaecido abad, agradezco tus cuidados y tus votos por la conservación de mi vida y por la vuelta á mi pristina inmemorial robustez; pero la enfermedad que me aflige no es del cuerpo, es del espíritu.

Conjuróle el cocinero abrazado á sus rodillas le hiciese partícipe del infortunio que le habia sumido en tal abatimiento, jurando y perjorando aliviarle de él cualquiera que fuese. Levántole el abad compungido, y echándole los brazos al cuello le dijo: — Ahora conozco por el interés que me muestras que te debo mirar como mi único y verdadero amigo, y para darte una prueba de que correspondo á tu amistad, voy á comunicarte la causa del secreto disgusto que me consume, y no porque de tí espere el remedio, porque es negocio que no lo admite de persona humana.

Reiteróle el cocinero la promesa de ayudarle con sus lices y sacarle á salvo de aquel apuro, y el abad, despues de haber registrado cuidadosamente las alcobas, huecos y armarios de su celda para cerciorarse de que nadie le escuchaba, espíctole de esta manera el motivo de su pesar:

— Mi amargura, amigo mío, data, como todos presumen, desde la malhadada visita del rey. ¿Sabes cuál fué su objeto? injuriarme: decirme que vivía en la holganza, mientras él esponía cada día la piel por mantener la paz y tener á raya los enemigos. ¡Yo en la holganza! ¡Yo que tengo cuidado de que todos los días se aplique una misa por su salud, y veinte para que cuando el enemigo venga talando y destruyendo sea derrotado antes de llegar á los terrenos del monasterio! ¡Perdónele Dios y nuestro Santo fundador tal ofensa! Despues de insultarme así me añadió con insolente sonrisa: Vengo á proponerle un pasatiempo en que podáis entretener vuestros ojos, y consiste en que me resolváis satisfactoriamente estas tres cuestiones en el término improrogable de tres meses, preparándoos sino á ser desposeído para siempre de cogulla y báculo, y vestido de jugar á llevar el canzal del asno en que son paseadas las viejas hechiceras por las calles de la corte, compartiendo con las suyas vuestras espaldas las caricias del verdugo. Las proposiciones en cuya solución os habeis de ejercitar son las siguientes: — Primera: cuánto valgo sentado en mi trono, con mis mejores vestidos, empunando mi cetro de oro, y ciñendo mi corona de pedrería. Segunda: en cuánto tiempo podria cabalgando dar la vuelta al mundo. Tercera: me habeis de adivinar en lo que está pensando, y lo que piense ha de ser una equivocación. Dentro de tres meses os confirmaré en la abadía, ó daré con vuestra figura de jugar azotado un buen rato á los habitantes de mi corte, concluyó diciéndome, y aumentando al pronunciar las últimas palabras su maligna y despreciativa sonrisa. Ya conoces toda la estension de mi desgracia, y te consta que desde entonces, por mas que has refinado tu arte, no has conseguido que pueque becado que me esté en sazón.

— ¿Y es eso solo lo que trae tan asendereado á vuestra reverencia? respondióle el cocinero; vuelva la vista hacia esas pilas de jamones y chorizos que se nos están pudriendo en la despensa, y piense únicamente en hacerlos mermar que lo demas corre por mi cuenta.

Clavó el abad en su confidente sus llorosos ojos llenos de ira, creyendo que se le burlaba; pero encontró en él tal aire de seguridad, ingenuidad y confianza, que no dudó que la Providencia, de quien habia oido decir á un viejo lector que á veces se valía de los humildes para humillar á los poderosos, habia inspirado á aquel hombre medios de salvar á su siervo. Instóle vivamente para que le impusiese en sus planes, pero el cocinero se resistió á ello, no exigiéndole mas si no que le prestase sus hopalandas y báculo, á lo cual accedió el abad de muy buen grado.

Esta escena tuvo lugar pocos dias antes que espirasen los tres meses prefijados por el rey. El mismo dia en que se cumplieron asentose este en su trono, resplandeciente de oro y pedrería, á esperar al abad, que juzgaba sumergido en gran consternación, y desesperado por no poder aceptar los que él creía indescifrables enigmas. Apenas se habia dejado caer el rey sobre el dorado asiento, cuando un gallego servidor anunció con voz llena y solemne, acompañada de una de esas reverencias en que mas á prueba ponen los palaciegos la flexibilidad de su espina dorsal, al muy reverendo abad de San Salvador del Monte. Abriéronse las puertas del régio salon, y pisó el dintel un bulto negro, que bajo un ancho capuchon dejaba con dificultad entrever las facciones de un rostro al parecer humano; una holgada túnica de finísimo paño caíale flotando desde los hombros sin dibujar talle ni forma alguna, por lo cual hubiérase creído que encubria algun tonel ó pipote, á no ser por dos remos ó brazos que de aquel tronco se desprendían, los cuales remataban dos coloradas y mantecosas manos bordadas con cicatrices de ligeras sajaduras.

Repetióle el rey en levantado tono la primera pregunta de que cuánto valdria con todas las alhajas que le adornaban, encargándole de paso tuviese cuenta con no equivocarse ni en un maravedí, porque indefectiblemente le enviaria á tirar del canzal del asno. El abad contestó con voz resuelta:

— Nuestro redentor fué apreciado en treinta dineros; no creo lastimar vuestra vanidad valuándoos en veintinueve.

Admirado dejó al rey esta ingeniosa salida, inesperada en el inculto y grotesco monge. Pasó á la segunda proposición, que era en cuánto tiempo podria darle la vuelta al mundo, advirtiéndole como anteriormente que si se equivocaba en un minuto estaba perdido.

— Cabalgad sobre el sol, fuere replicado, y á las veinticuatro horas habeis logrado vuestro deseo.

Picote al rey mas esta segunda sutileza, pero confiando en que fallaria en la tercera cuestion, por considerarla de imposible resolución, se apresuró á proponérsela. Restanos la última, le dijo; si no la contestais de nada os servirá el haber eludido saguzmente las anteriores. Mostradme, pues, lo que piense en este momento, lo cual, como ya sabeis, deberá ser un error.

— Pensáis que estais hablando al abad de San Salvador, y os engañais, porque quien leveis delante es su cocinero; y se echó atrás el supuesto abad la capucha, descubriendo una molletuda faz respirando salud y malicia.

Estupefacto quedó el rey al contemplar aquella metamorfosis, y bajándose del trono, venid, dijo tomando por la mano al cocinero, que ahora mismo os voy á presentar á mi corte por verdadero abad de San Salvador.

— No, contestó el cocinero avocado á ser abad. Además de retenerme para no aceptar lo que me ofrecéis los favores que debo á mi señor, no me considero tan feliz bajo este prestado sayo como bajo el magnífico mandil de mi oficio.

— Pues pídeme una gracia, seguro de alcanzarla.

— Que dejeis á mi señor gozar tranquilamente de su vida de abad.

Escusado es referir las deferencias que en adelante mereció el cocinero á nuestro abad, no siendo la menuda de asesorarse de él en todo lo concerniente á la dirección y gobierno de la abadía. Poco disfrutó, empero, de la recuperada felicidad. Cuando desechadas zozobras y pesares ocupábase en desahucarse del pasado ayuno, la muerte envileosa le lanzó uno de sus alevos tiros dis-

frazado con la máscara de una apoplejía fulminante, que le arrebató súbitamente de entre sus añejos vinos y regaladas viandas, con harto duelo de su leal cocinero.

J. G. A.

UN CAPRICHO DE ALENZA.



El diablo iluminando las mejillas de una vieja.

TRANSIGRACION DEL ALMA DE UN HOMBRE AL CUERPO DE UNA FULGA.

(Alegoría contra la crueldad con los animales.)

Sentado y meditabundo estaba yo en mi gabinete, cuando despues de mucho cavilar determiné acostarme. No tardé en dormirme, é imaginándome todavía en mi estudio, de repente oi una voz delgada y chillona pronunciar las palabras siguientes.

«Toma la pluma y escribe lo que te voy á dictar.»—

Prepárame á obedecer al punto, y la voz me dictó la narración siguiente.

«Yo fui hijo primogénito de un caballero de aldea, dueño de una hacienda considerable. Llegado á la edad de 19 años, y hallándome un día cazando, di una peligrosa caída con mi caballo y me rompí el pescuezo, quedando muerto en el acto. Acto continuo emperó, me hallé vivo con la mayor sorpresa y pesar, bajo la forma de un perro, bastante feo, en la cuadra de una posada, y en poder de un hombre que habia sido criado de mi padre y se habia casado con la cocinera.

«A la verdad no dejaron de hacerme caricias; pero mi amo, con el fin, según decía, de que ganara en hermosura y robustez, muy luego me cortó los orejas y la cola. Amen del doctor que me causó la operacion, experimenté en una infinitad de ocasiones los inconvenientes de semejante mutilacion. Pero todo esto no era sino tortas y pan pintado, respecto á las calamidades que estaba condenado á sufrir bajo esta maldadada forma. Mi amo tenia un hijo de cerca de cuatro años, mas querido aun que yo, cuyas pasiones halagadas siempre según se iban desarrollando, le animaban á satisfacer su resentimiento contra cualquier objeto, ya fuese animado ó inanimado, que le ofendiera, por lo cual me maltrataba á menudo; y cuando él cometia algun daño, los padres ó criados me zurraban por él.

«No me era posible aguantar mas que me trataran así unas gentes á quienes yo antes solia despreciar y tratar con insolencia; y así un dia por la mañana tomé las de villadiego.

«Continué mi viaje, sin parar hasta por la tarde. Serian las cuatro cuando pasé por un pueblo, y reparando en un monton de virutas puestas al abrigo de la humedad debajo del techo de una casuca que unos carpinteros estaban gobernando, me arrastré hácia aquel rincón para descansar sobre las virutas, imaginándome no ser visto. Pero un hombre que cepillaba una tabla, viendo en mí un perro sin amo, se propuso divertirse con sus compañeros á mi costa. Con este fin hizo un agujero en una tabla, me cogió de repente, y metiéndome en aquel diabólico aparato lo poco que me habia quedado de cola, me la asaguró en el agujero con una cana y á golpes de mazo, que al magullar el hueso me causaron dolores inesplicables.

«Al punto el bárbaro me puso en el suelo. Los espectadores del chasco se roían á carcajadas al ver los raros movimientos con que espresaba mis tormentos, y las tentativas ridículas é inútiles que hice para desembarazarme de la carga que no pude menos de arrastrar conmigo. En fin, me aumentaron hasta perverirme de vista. Siguiendo adelante con velocidad involuntaria, incitado por el terror y la pena, me precipité con tal fuerza entre dos estacas, cuya distancia no era suficiente para dejar pasar mi diabólico apéndice, que este se arrancó, llevándose de camino el resto de mi cola.

«A la sazón me hallé en el corral de una aldea, y observando á cierta distancia un perrazo de carnicero, temí ser acometido por él, y continué mi fuga. Pero algunos aldeanos ocupados en una granja vecina, reparando que yo huia sin ser perseguido, y que tenia los ojos inflamados y el hocico cubierto de espuma, imaginaron que debía estar rabioso, y me compieron la tapa de los sesos á garrotazos.

«Abandonando inmediatamente mi espócio aquel mutilado cadáver, me hallé bajo la pluma de un pinzon en un nido con otros tres compañeros. Me alegré sobremedura, con la esperanza de poder volar pronto fuera del alcance de los hombres, que tan crueles eran, llegando yo á ser á la par de mi madre un habitante del aire. Pero antes de hallarme en estado de volar, mi madre fué sorprendida en su nido por un perverso muchacho de escuela, el cual la apretó tanto para que no se le escapara, que muy luego murió. En seguida cogió el nido con todo lo que contenia, metiéndolo en una cestita, en cuyo sitio perdí dentro de poco á mis tres compañeros de infortunio, de resultas del cambio de cebo y del mal tratamiento. En cuanto á mí, sobreviví, y poco despues de hallarme capaz de comer solo, la madre de mi tirano, al ir á pagar su renta, me llevó consigo para regalarme á la hija del rentista, señorita de 18 años y sumamente hermosa.

«A la sazón mi cautividad comenzó á perder algo de sus horrores. Ya no temí las garas de un rapaz perverso, cuyo cariño no era menos temible que su resentimiento. La reclusion de la jaula se me hizo costumbre, imaginando que bajo el patrocinio de una persona linda y amable nada tendria que padecer.

«Tal era mi situación, cuando una señorita de Londres hizo una visita á mi ama, y en ella mi cariño á mí. A fin de mostrar cuán agradecido me sentia á sus favores, salté á su dedo empezando á cantar. Así que puse fin á mi gorjeo, la jóven dirigiéndose á mi ama, la dijo, que podria convertirme en el pajarito mas delicioso y manso del mundo, sacándome simplemente los ojos y encerrándome luego en una jaula mas estrecha. Mi linda señora convino gustosa en una propuesta tan horrible, y mucho mas cuando su amiga le aseguró que mi canto se mejoraria notablemente; así pues, la cruel operacion se ejecutó con una aguja de hacer media, hecha áscua al efecto. No tuve que padecer por mucho tiempo la triste situacion de una oscuridad perpétua; pues una noche un gato entró en el cuarto, me sacó por entre los alambres de mi jaula, y me devoró.

«No me pesó de verme libre de cautiverio y de ceguera, y en aptitud de revolotear en el aire bajo la forma de un ahejorro. Pero á penas habia entrado en la nueva escena de mi existencia, cuando el dueño del jardín en que yo me regalaba con las hojas de un cerezo, me cogió; y vuelto á su hijo, á quien acababan de vestir los primeros calzones, le dijo: «Toma, Periquillo, aquí tienes un pajarito para divertirtelo.»—El rapazuelo me cogió con un gesto de placer hor-

rible, y según le habían enseñado, me empaló vivo con un alfiler atado á un hilo, y de este modo me forzó á revolotear en la agonía de la muerte para divertir á mi joven verdugo. Cuando agotadas mis fuerzas, ya no podía hacer uso de mis alas, le dijeron que me pisara, pues ya para nada servía, mandato que el chico ejecutó piadosamente despachurrándome al punto con su pié.

«Al dejar los restos del miserable insecto, mi alma transmigró al cuerpo de una lombriz de tierra, consolándome con la dulce esperanza de pasar mi vida oscura y sosegadamente fuera de la presencia del mas cruel de los seres... del hombre.

«¡Vana esperanza! Mi consuelo duró bien poco. Una mañana llamó mi atención cierto ruido extraordinario, acompañado de un movimiento particular de la tierra que me rodeaba. Al punto me puse á cabar hacia arriba, para indagar la causa del fenómeno; pero así que me asomé á la superficie del suelo, fuí cogida por un hombre, que habiéndome hincado en tierra una hora de hieiro la movía á todos lados, con el fin de producir el efecto que á la sazón se había verificado. Inmediatamente me metieron con otras muchas compañeras de infortunio en un cacharro roto, para entregarme á uno de aquellos monstruos inhumanos que disfran su diversión en el arte no menos cruel que innoble de pescar con anzuelo.

«Aquel malvado nos llevó la mañana siguiente á orillas de un río, é inmediatamente le ví, con el mayor estremecimiento, coger á una de mis desgraciadas compañeras, y silbando una tonadilla, el bárbaro atravesó un horrible garabato barbudo por toda la longitud del cuerpo de aquella, introduciéndolo por la cabeza y sacándose por la cola! El desdichado animal se torció en vano alrededor del gancho sangriento, en medio de unos tormentos que no puede figurarse ningun hombre. En tan mísero estado mi infeliz compañera fué arrojada y suspendida en el agua á modo de cebo para los peces, hasta que fué tragada por una anguila, juntamente con el anzuelo en que estaba ensartada.

«Al contemplar yo el horrible espectáculo, hice varias reflexiones filosóficas acerca de la desigualdad entre el corto placer de coger semejante presa y los tormentos indecibles que para ello se le hacen pasar al cebo. Pero de nada me sirvieron estas mis reflexiones, pues muy luego tuve que sufrir la muerte con las mismas agonías de que había sido espectadora.

«Me falta tiempo y modo de relatar todos los tormentos que en seguida tuve que padecer por la barbaridad inconsiderada del género humano, bajo las formas sucesivas de gallo, de cangrejo marino, de anguila, de cerdo.... Diré únicamente que sufrí la misma clase de muerte que los delincuentes cuyo cuerpo se rompe en la rueda. Fuí tostada viva á fuego lento; desollada y viva todavía frita en una sartén, y azotada con cuerdas hasta la muerte. Todo con el fin de satisfacer el apetito lujurioso de la gula, ó de contribuir á la diversión de un populacho inconsiderado y bruto.

Hasta aquí había escrito en calidad de amanuense de un ser invisible, cuando (siempre soñando) sentí una picadura en el vientre; y al desviar mis ojos del papel para ver lo que era, descubrí una pulga, que al punto cogí y maté poniéndola en la luz.

Al mismo instante el insecto desapareció y una joven de suma belleza se halló delante de mí.

«Hombre desapiado é irreflexivo!» dijo ella. «¿Con que tú tambien has cambiado la condicion de mi existencia, esponiéndome tal vez á mayores desgracias que las que he experimentado hasta ahora? Bajo la forma de pulga fui tu mentor, y como tal podia haberme librado de tu crueldad, sino hubiera intentado instruirte. Con todo, publica cuanto acabo de comunicarte. Con tal que esta relacion pueda servir para desviar á algun hombre de atentados criminales contra las criaturas de órden inferior, impidiéndole causarles tormentos inútiles y haciéndole reflexionar sobre los efectos de sus acciones, no habré padecido en valde.»

Al escuchar este razonamiento, mi corazón latía con mayor violencia, y de resultas de los esfuerzos que hice para contestar, desperté.

Traducido del inglés por J. Mieg.

Diálogo entre un Galan y el Eco.

GALAN.

Bellas selvas, donde ví
mi dulce pasión premiada
dadme nuevas de mi amada
que pienso que la perdí.

ECO.

Di.

GALAN.

¿Que diga? ¡Lindo donaire!
mas pues responderme quieres,
dime primero quién eres,
porque ne te haga desaire.

ECO.

Aire.

GALAN.

¿Eres nina enamorada,
ó eres gallardo pastor,
que por cuidados de amor
no cuida de su manada?

ECO.

Nada.

GALAN.

Si eres nada, no esté bien
que de tí se fie un hombre;
y pues me callas tu nombre,
mi pena callo tambien.

ECO.

Bien.

GALAN.

Pronto convienes por cierto
en callar: la prueba es esa
de cuán poco te interesa
este mi dudar incierto.

ECO.

Cierto.

GALAN.

Claridad gastas á fé:
pero dime por tu vida,
¿de la que lloro perdida
sabes nuevas que no sé?

ECO.

Sé.

GALAN.

Pues no me niegues el gusto
que al oírlo tendré yo:
di ¿por qué no me escribió
causándome tal disgusto?

ECO.

Gusto.

GALAN.

¿Gusto fué? mal gusto tiene
en causarme tal dolor:
¿mas si tendrá algun pastor
que en mi ausencia la entretiene?

ECO.

Tiene.

GALAN.

¿Quién creyera sus mudanzas!
¿Con que aquellos juramentos
solo fueron fingimientos
y engañosas asechanzas?

ECO.

Chanzas.

GALAN.

Chanzas que á mil precipicios
me guiaron; vil mujer,
¿qué causa pudo tener
para olvidar mis servicios?

ECO.
Vicios.
GALAN.
 Nunca pudiera pensarlos
 en su virtud: si supiera
 quién es su amante, corriera
 en el instante á buscarlos.

ECO.
Cárlos.
GALAN.
 ¿Cárlos es? ¿dí, cómo ó cuándo
 su voluntad se ganó?
 ¿de qué medios se valió
 para ir su pecho ablandando?

ECO.
Dando.
GALAN.
 Mira que parece bota:
 mil veces se lisonjaba
 que el oro nada lograba,
 si no la constancia sola.

ECO.
¡Ola!
GALAN.
 Cuando me ausenté de aquí
 alguien la seduciría,
 y en mi daño la hablaría
 porque me olvidase así.

ECO.
Si.
GALAN.
 Dame por tu vida el gusto
 de decir quién es ese hombre,
 si es que merece este nombre
 hombre que fué tan injusto.

ECO.
Justo.
GALAN.
 No me acuerdo quién es ese:
 ¿si será el que se reía
 de mí porque nunca hacia
 cosa que ella no quisiese?

ECO.
Ese.
GALAN.
 Ya daba yo por supuesto
 que ese fué quien me vendió;
 mas pues ella me olvidó,
 á mudar de amor me apresto.

ECO.
Presto.
GALAN.
 Hermosuras hay sobradas
 de quien prendarme podré:
 bien pronto dama hallaré,
 pues que las hay á bandadas.

ECO.
Dadas.
GALAN.
 Satisfecho voy de vos,
 pues me habeis desengañado;
 y de pastor tan honrado
 la vida pediré á Dios.

ECO.
A Dios.

Máximas.

Un buen oficio es un tesoro. Bien puede llamarse rico quien no tenga deudas apuntadas en libro ajeno y lleve dos cuartos en el bolsillo.

Donde no hay leyes no tendrás mas protectores que tus puños: donde menudean los reglamentos y bandos por las esquinas, ten cuidado con los alguaciles y escribanos.

Cuando repares que las muchachas son generalmente delgadas y descoloridas, pregunta que laguna se encuentra en la intermediacion, ó cuantas noches de baile tienen á la semana.

Donde te hagan hacer antesala y te pregunten el nombre antes de decirte si el señor está en casa, es de creer que andan acreedores y se teme su visita: si puedes llegar hasta el amo sin que te pasen revista los criados, no vaciles en encargarte de cualquier trabajo, que allí es segura la paga.

El agua que cae gota á gota, concluye por oradar las piedras. Con trabajo y paciencia corta el ratoncillo una maroma, y un golpe tras de otro golpe hace venir al suelo las mas altas encinae.

Todas las pasiones nos hacen cometer faltas; pero ninguna tan ridícula como el amor.

El cadalso para el justo es el trono de su gloria.

La sabiduría sirve de freno á la juventud, de consuelo á la vejez, de riqueza á los pobres y de ornato á los ricos.

Los sábios tienen sobre los ignorantes las mismas ventajas que los vivos sobre los muertos. La sabiduría es un adorno en la prosperidad y un refugio en el infortunio.

El oro es la piedra de toque del hombre.

Tan fácil le es al sábio enriquecerse como difícil el que desee ser rico.

Todo el que entra libre en el palacio de los reyes, se transforma prontamente en esclavo.

Un hombre jamás debe avergonzarse de confesar que ha errado, pues es lo mismo que decir en otras palabras que hoy es mas sábio que ayer.

Un semi-sábio es mas necio que un ignorante.

GEROGLIFICO.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PROXIMO.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. UN MES 4 rs. SEIS 20. UN AÑO 36. - Librerías de Pereda, Coats, Mouier, Malate, Jaimebon, Gaspar y Raig, Poupart, Villa, Baili Balliere y la Publicidad, litografías de Pelegrin y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14. Seis 24. - Remitiendo una libranza sobre cotreos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: imp. de ALAMBRA Y COMP., calle de la Coligata, núm. 4.